

## CONSECUENCIAS ECONÓMICAS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

### PÉRDIDAS DE POBLACIÓN

Es difícil hacer un cómputo exacto de las pérdidas de población producidas por la guerra. Esto es así, en parte, porque los datos del período distan mucho de ser perfectos, pero también porque las bajas militares tan sólo fueron una pequeña proporción del número total de muertes ocurridas en ese período. Murió mucha más gente de hambre y enfermedades, o como consecuencia de la guerra civil, que en el campo de batalla. Además, debe hacerse alguna estimación del déficit de población causado por la falta de nacimientos como consecuencia de las condiciones del tiempo de guerra. Las estadísticas rusas son notoriamente difíciles de interpretar.

Las bajas militares fueron muy pequeñas en términos relativos. Durante el período de hostilidades, unos 8,5 millones de hombres (incluyendo estimaciones aproximadas para Rusia) perdieron su vida en servicio activo, esto es, un 15 por 100 de los movilizados. Esto equivalía a menos del 2 por 100 de la población europea total y a un 8 por 100 de todos los trabajadores varones. Además, unos 7 millones de hombres quedaron incapacitados permanentemente y otros 15 millones más o menos seriamente heridos.

La incidencia de las fatalidades varió considerablemente, aunque es obvio que los beligerantes fueron las principales víctimas. Las mayores pérdidas absolutas se produjeron en Alemania y Rusia, con 2 y 1,7 millones, respectivamente; Francia perdió 1,4 millones, Austria-Hungría 1,2 millones y el Reino Unido y Italia casi tres cuartos de millón cada uno. Algunos de los países más pequeños, como Rumania (250.000), Serbia y Montenegro (325.000), también padecieron mucho. Sin embargo, en la mayoría de los casos el impacto proporcional en términos de población fue muy pequeño. De las potencias mayores, Francia fue la que más perdió con el 3,3 por 100 de la población sacrificada en acciones militares; Alemania no se quedó mucho más atrás, con el 3 por 100; en la mayoría de los demás casos, la proporción fue del 2 por 100 o menos. De hecho, en términos relativos, los países más pequeños en general salieron peor parados; Serbia y Montenegro, por ejemplo, perdieron el 10 por 100 de su población.

Por supuesto, el impacto fue mayor de lo que indican las cifras absolutas, porque la mayoría de las personas muertas estaban en la flor de su vida y por tanto constituían la parte más productiva de la fuerza de trabajo. En el caso de Alemania, el 40 por 100 de las bajas estaba dentro del grupo de edad de 20-24 años y el 63 por 100 entre 20 y 30 años. Tanto Francia como Alemania perdieron un 10 por 100 de sus trabajadores varones, Italia el 6 por 100 y Gran Bretaña el 5 por 100. Por otra parte, por cruel que pueda parecer, las pérdidas pueden haber sido en parte una bendición disfrazada, dadas las limitadas oportunidades de empleo que iban a darse en el período de entreguerras.

Las pérdidas civiles son más difíciles de determinar; obedecen a diferentes causas, incluyendo enfermedades, hambre, privaciones, así como al conflicto militar, suponiendo que no se hubieran producido de no ser por la guerra. Las muertes de civiles inducidas por la guerra ascendieron probablemente a unos 5 millones en Europa, con exclusión de Rusia, soportando Austria-Hungría, Alemania e Italia la peor carga en términos absolutos, aunque una vez más Serbia y Montenegro experimentaron el mayor impacto relativo.

Sumadas las muertes militares y civiles se obtiene un total de víctimas para Europa, excluyendo Rusia, del orden de 12 millones, de los que poco más de 6,5 millones se debieron a causas militares. Esto representaba un 3,5 por 100 de la población europea de antes de la guerra. Alemania y Austria-Hungría tuvieron las mayores pérdidas absolutas, mientras que en términos relativos la mortalidad fue desde un 1 por 100 en Escandinavia al 20 por 100 en Serbia. Francia, Italia, Alemania y Austria-Hungría perdieron un 4 por 100 de su población, y el Reino Unido y Bélgica menos del 2,5 por 100.

Hay que tener en cuenta también el déficit de nacimientos o el número de no nacidos a causa de las condiciones del tiempo de guerra. Algunos de los beligerantes registraron déficits de nacimientos muy altos: Austria-Hungría, 3,6 millones; Alemania, 3 millones. Francia e Italia tuvieron déficits de 1,5 millones; Gran Bretaña, 700.000; y Rumania poco más de 500.000. En conjunto, la pérdida de población por esta causa fue semejante a la cifra total de muertes militares y civiles.

La cifra total del déficit de población europeo, por tanto, asciende a 22-24 millones de personas. Esto equivalía al 7 por 100 de la población europea de antes de la guerra, o al conjunto de su crecimiento natural entre 1914 y 1919. Así, a principios de 1920 la población de Europa era aproximadamente la misma que al principio de la guerra. Las mayores pérdidas absolutas fueron asumidas por Alemania y Austria-Hungría con más de 5 millones cada una, pero en términos relativos Serbia y Montenegro fueron, con mucho, los que más padecieron, con déficits cercanos a un tercio de su población de antes de la guerra. Las potencias neutrales lo pasaron mejor, con pérdidas del 2 por 100 o menos. De las potencias aliadas, Francia e Italia soportaron el mayor peso. El déficit de población de Francia fue algo superior a los 3 millones, o sea el 7,7 por 100 de su población de antes de la guerra. Esto incluye un déficit de aproximadamente 1,4 millones, como consecuencia de una dramática caída de su tasa de natalidad. El resultado neto fue que a mediados de 1919 la población de Francia, de 38,7 millones, era inferior en 1,1 millones a la de 1914, aun incluyendo Alsacia y Lorena, que había recuperado de Alemania.

Las cifras para Rusia son mucho menos fiables, aunque es probable que las pérdidas en este país superen la cifra total del resto de Europa. Las bajas militares en la Gran Guerra estricta fueron relativamente pequeñas, pero murieron millones en la revolución y en la guerra civil que vinieron a continuación. El número total de víctimas no estuvo muy lejos de los 16 millones. Añádanse a esta cifra unos 10 millones por déficits de nacimientos y se llega a 26 millones, sin tener en cuenta las pérdidas en los territorios cedidos por Rusia como consecuencia del tratado de paz concluido con Alemania en 1918.

Por tanto, Europa sufrió un serio agotamiento y deterioro en la calidad de la población durante el período de la guerra. Las cifras citadas, además, no son estrictamente completas, porque hubo pérdidas adicionales, debidas a causas asociadas con la guerra, que se produjeron en el período posterior al armisticio. La epidemia de gripe de 1918-1919 se cobró muchas víctimas, mientras que un número sustancial de personas murieron en Europa oriental y en los Balcanes a consecuencia del hambre. Conflictos fronterizos posbélicos y matanzas entre 1919 y 1921, especialmente en el sudeste de Europa, añadieron más víctimas al total.

Por tanto, en conjunto, la lista final de bajas para todo el período de la guerra, 1914-1921, suma muchos millones. Una cifra aproximada sería entre 50 y 60 millones, de los que Rusia supondría aproximadamente la mitad. Las muertes militares directas en la guerra estricta representaron sólo una pequeña proporción de las pérdidas totales de población en este período.

En términos humanos el desastre puede considerarse poco menos que trágico. Pero es dudoso que la pérdida tuviera un impacto fuerte y permanente en los países afectados. La mayoría de los países, por supuesto, perdieron parte de su mejor mano de obra, a menudo altamente cualificada, pero pocos, aparte de Francia, sufrieron escasez de trabajadores en la década siguiente a la guerra. En efecto, como así sucedió, el período posbélico estuvo marcado por un alto desempleo en muchos países europeos y así puede argumentarse que el freno al crecimiento de la población fue algo así como una especie de bendición.

#### DESTRUCCIÓN FÍSICA Y PÉRDIDAS DE CAPITAL

Las pérdidas de capital son menos fáciles de estimar con precisión que las de población. Indudablemente, el valor del stock de capital de Europa se deterioró durante la guerra, como consecuencia del daño físico, la venta de activos extranjeros, el freno a la inversión y el descuido en el mantenimiento. Stamp calculó que la guerra destruyó el crecimiento normal de unos tres o cuatro años de las rentas derivadas de la propiedad en Europa (excluida Rusia), o una trigésima parte de su valor original, y a esto debe añadirse una cantidad desconocida por el deterioro del stock de capital existente, debido al descuido o falta de mantenimiento. Europa también perdió aproximadamente una trigésima parte de sus activos fijos como consecuencia de la destrucción y daño físico, mientras que algunos países, sobre todo Francia y Alemania, abandonaron la mayor parte de sus inversiones extranjeras. Además, por supuesto, algunos países sacrificaron territorio y propiedad por los acuerdos del tratado de paz. Este aspecto se analiza de forma separada en una sección posterior.

La incidencia del impacto destructivo varió considerablemente de país a país. Los países neutrales —Escandinavia, Países Bajos, Suiza y España— escaparon ilesos y en algunos casos estuvieron en mejor forma física en 1919 que al principio de la guerra. La mayoría de los países beligerantes, por otra parte, experimentaron cortes sustanciales en la inversión, con el resultado de que sus stocks de capital eran menores al terminar las hostilidades. El daño físico fue máximo en los principales teatros bélicos, especialmente

en Francia y Bélgica, aunque a Italia, Rusia y algunos países de Europa oriental también les fue mal. En comparación, Gran Bretaña, Austria y Alemania, aunque beligerantes principales, fueron castigados con bastante poca severidad. Bulgaria también lo hizo mucho mejor que sus vecinos de la península balcánica, porque el país nunca se convirtió en zona de guerra y así evitó una destrucción fuerte o el despojo de la propiedad.

Indudablemente, los territorios ocupados corrieron la peor suerte, porque compartieron las privaciones de los imperios centrales, mientras que al mismo tiempo eran explotados al máximo por el bien de amos temporales. Fue inevitable que Bélgica y Francia soportaran la carga principal, dado que buena parte de la lucha se produjo en sus territorios. La destrucción de granjas, fábricas y casas fue amplia y sustancial en ambos casos, aunque en Francia la mayor parte del daño físico tendió a concentrarse en el norte del país. Bélgica fue menos afortunada. Prácticamente todo el país fue invadido y la lista de daños hace lúgubre su lectura. Un 6 por 100 de los edificios, la mitad de las acerías y las tres cuartas partes del parque móvil ferroviario fueron destruidos o dañados sin reparación posible, miles de acres de tierra se convirtieron en inservibles para el cultivo, mientras que la población animal fue diezmada. Aunque geográficamente concentradas, las pérdidas de Francia fueron severas y se produjeron en la parte más rica y avanzada del país.

En términos absolutos estos dos países representaron el grueso de las pérdidas de la propiedad en el tiempo de la guerra. Con todo, en términos relativos, es probable que algunos de los países más pequeños situados más al este, salieran de la guerra en condiciones de una mayor devastación. El valor de la propiedad perdido por Polonia fue sólo un poco menor que el de Alemania, pero el impacto fue mucho mayor. Las potencias ocupantes devastaron literalmente el país por la destrucción y el saqueo. Grandes extensiones de tierra agrícola fueron dejadas yermas, el 60 por 100 de la cabana ganadera desapareció, gran parte del parque móvil ferroviario fue requisado, muchas fábricas fueron destruidas o despojadas de sus equipos, y 1,8 millones de edificios se perdieron por el fuego. Lo mismo puede decirse de Serbia, de partes de Austria y también de Rusia, aunque en el último caso gran parte del daño se produjo a consecuencia de la guerra civil. De hecho, en algunas áreas la escala de la destrucción fue tan grande que la cuestión de la reparación difícilmente podía considerarse; más bien era cuestión de limpiar la tierra y reconstruir de nuevo.

En otras partes, el daño físico fue mucho menor, aunque la mayoría de los países sufrió un sustancial atraso de inversión que enjugar. Alemania perdió pocos activos nacionales, pero la mayor parte de sus activos exteriores fueron vendidos o embargados y tuvo que pagar un precio oneroso en concepto de reparaciones por su infracción. La mayor parte de las pérdidas físicas de Gran Bretaña fueron buques, aunque vendió una pequeña parte de sus inversiones ultramarinas para pagar la guerra. Francia perdió unas dos terceras partes de sus activos exteriores de antes de la guerra, por venta, insolvencia —como en el caso de las inversiones en Rusia— o a causa de la inflación.

La tarea de reconstrucción era ciertamente sustancial y en algunos países sólo

podía llevarse a cabo mediante un recurso a la financiación inflacionista. Sin embargo, el proceso de recuperación europeo en su conjunto se hizo más difícil a causa del hecho de que los acuerdos del tratado de paz impusieron graves sanciones a los vencidos y procedieron a repartir el mapa de Europa de una manera que iba en detrimento del bienestar económico de este continente.

#### EL LEGADO FINANCIERO DE LA GUERRA

Las implicaciones financieras de la primera guerra mundial fueron más serias que las de la segunda. Esencialmente, ello se debió a que el método de control financiero fue mucho menos exigente en el primer caso, y no a que la escala de las operaciones militares fuese mayor; de hecho fue al revés. El coste directo total fue, por supuesto, grande —unos 260.000 millones de dólares si se incluyen todos los beligerantes— aunque las cifras absolutas no significan mucho. Los mayores gastos correspondieron a Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania, Francia, Austria-Hungría e Italia, en este orden. Puede obtenerse una idea de la magnitud del desembolso total por el hecho de que representó unas seis veces y media la suma de toda la deuda nacional acumulada en el mundo desde el final del siglo xviii hasta la víspera de la primera guerra mundial.

La dimensión del programa de gasto bélico no es particularmente significativo, aunque naturalmente podrían señalarse los modos más fructíferos y constructivos en que podría haberse gastado el dinero. Lo que cuenta es la manera de financiar el gasto. Casi de la noche a la mañana los gobiernos abandonaron precipitadamente la sana ortodoxia financiera del siglo xix, lo que significó el abandono de la disciplina del patrón oro y el recurso a la financiación con déficit. Las operaciones de crédito de una u otra clase, más que los impuestos, fueron la principal fuente de financiamiento de la guerra. Alemania y Francia, por ejemplo, confiaron casi por completo en el préstamo, mientras que incluso en Estados Unidos sólo un poco más del 23 por 100 de los gastos de guerra se obtuvo de fuentes de renta. En promedio, un 80 por 100 o más del gasto total de guerra de los beligerantes se financió por medio de préstamos. Este método de financiar la guerra no tenía por qué haber sido excesivamente inflacionista si los préstamos se hubieran obtenido de auténticos ahorros, pero de hecho gran parte de la financiación procedía del crédito bancario. Los bancos concedieron préstamos a los gobiernos mediante la creación de nuevo dinero o bien recibieron «promesas de pago» de los gobiernos y entonces procedieron a incrementar la oferta de dinero utilizando las promesas como reservas. Los detalles del mecanismo variaron de un país a otro, pero el resultado final fue con mucho el mismo. Las deudas públicas aumentaron rápidamente, incrementándose la proporción de la deuda a corto plazo a medida que pasaba el tiempo; la oferta monetaria aumentó considerablemente y las reservas metálicas de los bancos, en relación con el pasivo, cayeron notablemente. A fines de 1918 la oferta monetaria alemana había aumentado nueve veces y el déficit presupuestario seis veces, mientras que la relación entre las reservas metálicas y los billetes de banco y depósitos había bajado del 57 por 100 al 10 por 100. La situación fue incluso peor en el caso del imperio austro-húngaro, mientras que Francia y Bélgica también lo pasaron mal. En general, la degradación de las condiciones financieras fue más aguda en los países de Europa central, menos aguda en

los países neutrales y de moderado alcance en los demás.

Tales condiciones automáticamente dieron lugar a inflación de precios y depreciación monetaria, dado que casi todos los países abandonaron las paridades fijas del patrón oro durante la guerra o poco después. La inflación fue mucho más rápida que durante el estricto régimen financiero de la segunda guerra mundial. La mayoría de los países experimentaron aumentos del doble al triple de sus precios, y en algunos casos mucho más, dependiendo del grado de inflación monetaria. Por ejemplo, los precios al por mayor en Alemania al final de las hostilidades eran cinco veces los de antes de la guerra, mientras que el marco había bajado al 50 por 100 de su antiguo valor. Austria y Hungría experimentaron una inflación todavía mayor con valores monetarios cayendo al 30 y 40 por 100 de la paridad original. Otros países cuyas monedas habían empezado a depreciarse significativamente eran Finlandia, Francia, Italia, Bélgica y Portugal. La mayoría de los neutrales, por otra parte, intentaron mantener o mejorar el valor de sus monedas, a pesar de grados significativos de inflación.

Las consecuencias de los acuerdos financieros de la época de la guerra son importantes y serán consideradas con mayor detenimiento más adelante. Al terminar la guerra, los problemas inflacionistas no eran, en su mayor parte, irresolubles, con las posibles excepciones de los de Alemania y Austria-Hungría. Sin embargo, empeoraron durante el primer año de paz, a causa de que continuaron las descuidadas políticas monetarias y fiscales. El cambio de política se produjo en 1920, cuando varios países, en particular Estados Unidos, Gran Bretaña y Suecia, impusieron una fuerte política de economías, que afectó adversamente a sus economías nacionales e hizo mucho más difícil la recuperación en el resto de Europa. La mayoría de países europeos, sin embargo, continuaron con inflación, con consecuencias desastrosas para algunos, en especial Alemania, Austria, Polonia y Hungría. En segundo lugar, la inestabilidad monetaria dificultó el proceso de recuperación, mientras que el fracaso de los gobiernos en aceptar el declive de los valores monetarios y el abandono del oro como algo sólo temporal, con el tiempo llevó a un intento desorganizado de tratar de restaurar el sistema monetario de antes de la guerra en condiciones completamente diferentes. En tercer lugar, debe hacerse referencia a la compleja serie de deudas intergubernamentales contraídas entre los aliados y las cargas por reparaciones impuestas a los vencidos, que no sólo demostraron ser una fuente de fricciones internacionales a lo largo de los años veinte, sino que también impidieron el proceso de reconstrucción financiera.

Derek Aldcroft, *Historia de la economía europea, 1914-1980*, pp. 18-25.